

POSFACIO

Los años ochenta: una crisis de alta intensidad¹

Retrocedamos un poco en el tiempo para recordar que entre 1974 y 1982 el capitalismo avanzado sufrió una crisis bastante más profunda de lo que solemos imaginar. En el plano económico, ciertos datos de base dicen todo al respecto: severa recesión en 1974 y 1975, que en sus momentos más depresivos llegó a registrar caídas de hasta un 20% en la producción industrial de países como Suiza o Japón;² recesión seguida de una recuperación efímera en 1976 y un nuevo declive en 1978³ que terminaría convirtiéndose en un curso sinuoso y lleno de asincronías (entre países) hasta 1982. Hubo, además, un incremento de la inflación, que no tardó en superar los temidos dos dígitos, situándose en torno de un 20% anual en naciones como Italia, Japón o Gran Bretaña, en el transcurso de 1974-1975. Fue el momento de la *estanflación*, o sea, del estancamiento acompañado de inflación.

A su turno, los índices de desocupación se elevaron rápidamente. Durante el invierno boreal de 1975-1976, “el número de

¹ Extraído de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México, Siglo XXI, 1994, 15ª edición, pp. 219-238. La primera edición data de 1977.

² Cfr. Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, México, Era, 1980, p. 18.

³ Cfr. Ramón Tamames, *Estructura económica internacional*, Madrid, Alianza Universidad, 1986, p. 400.

desempleados oficialmente reconocidos en el conjunto de los países imperialistas se aproximaba a los 17 millones”;⁴ para 1982, algunas estimaciones situaban el contingente de desocupados de esos países en alrededor de 30 millones.⁵

Sólo a partir de 1983 el capitalismo desarrollado superó efectivamente su crisis, aunque ciertos fenómenos como el de un significativo desempleo han perdurado, convirtiéndose en rasgo estructural.

Y dicha crisis económica no fue el único “mal” que aquejó al sistema en ese lapso: entre 1974 y 1979 el imperialismo sufrió también duros *reveses políticos* a lo largo y ancho del Tercer Mundo. En Asia se produjo la contundente victoria de los movimientos de liberación de Vietnam, Laos y Kampuchea, con las repercusiones ampliamente conocidas. De manera casi simultánea se registraron en África los triunfos de movimientos de signo similar en Angola, Mozambique y Etiopía, a lo que habría que añadir la radicalización de regímenes como el de Yemen del Sur y sobre todo el de Libia, y la definición antiimperialista de los países de la llamada “línea del Frente”, con Zimbabwe a la cabeza. Poco después, en el Medio Oriente, la revolución islámica de Jomeini se encargaba de hacer añicos una de las piezas clave de la dominación estadounidense en la región: el poder del sha de Irán. En fin, en América Latina asistíamos al triunfo sandinista en Nicaragua y de las fuerzas progresistas de Maurice Bishop en Granada.

Con respecto a la crisis económica, se ha dicho que fue tanto más traumatizante para los países desarrollados de Occidente, cuanto que éstos no habían experimentado una situación semejante desde hacía por lo menos un cuarto de siglo. En lo que atañe a sus derrotas políticas del segundo quinquenio de los setenta podría afirmarse lo mismo: desde la toma del poder por Mao Zedong en China, en octubre de 1949, el campo imperialista no había sufrido desmembramientos de comparable envergadura.

⁴ Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, *op. cit.*, p. 17.

⁵ Cfr. Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 164.

Es cierto que la Revolución Cubana infligió, un decenio después, un serio golpe a Estados Unidos en su más próxima zona de seguridad y desempeñó, además, el papel de símbolo y aliciente de numerosas luchas; aun así, el alcance real de esa revolución sólo fue aquilatable en los años setenta, cuando, sumando su caudal al de la denominada “tercera oleada revolucionaria”,⁶ se proyectó en todo el Tercer Mundo a través de la ayuda brindada a múltiples movimientos de liberación nacional.

Por otra parte, en 1979, un contingente de tropas soviéticas procedió a ocupar Afganistán, dando la impresión de que avanzaban en dirección de “la ruta del petróleo”, como parte de una operación de cerco tendido intencionalmente a Occidente. Al menos, fue la interpretación que difundieron muchos estrategas y analistas, en especial estadounidenses, quienes llegaron a sostener que, de hecho, la Tercera Guerra Mundial había comenzado.⁷

Más allá de estas exageradas lecturas de los acontecimientos, era verdad que una nueva correlación de fuerzas se perfilaba en varios puntos del planeta, a raíz de un hecho crucial: el fin de la hegemonía mundial de Estados Unidos y su reemplazo por una situación de *paridad estratégica* con la Unión Soviética. Es en la perspectiva de este nuevo (aunque todavía precario) equilibrio que hay que entender no sólo los cambios arriba mencionados, sino también otros episodios, como los que terminaron por configurar la llamada “crisis de los energéticos”.

En efecto, uno de los hechos más relevantes de la historia contemporánea consiste en la súbita elevación de los precios del petróleo decidida por los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que hizo que tales precios se triplicaran entre octubre de 1973 y enero de 1974 (“primer choque petrolero”), y se multiplicaran por diez entre 1973 y 1979, fecha del “segundo choque petrolero”.

⁶ Expresión de Fred Halliday, *ibid.*, p. 203. El mismo autor levanta un registro de 14 “cataclismos revolucionarios” ocurridos en el Tercer Mundo entre 1974 y 1980 (p. 95).

⁷ Véase, por ejemplo, Richard M. Nixon, *La verdadera guerra: la tercera guerra mundial ha comenzado*, Barcelona, Planeta, 1980.

Las razones de estos incrementos fueron a la vez políticas y económicas. Políticas, en la medida en que las alzas se iniciaron a guisa de represalia de algunos estados árabes contra los países occidentales que, como es de rigor, habían vuelto a tomar partido por Israel con motivo de la cuarta guerra árabe-israelí, más conocida como Guerra de Yom Kippur. Y económicas, ya que como impulsora final de esas alzas subyace la vieja reivindicación tercermundista de un pago justo por las materias primas y otros bienes exportados hacia el Primer Mundo. Pero este antiguo anhelo sólo podía hacerse realidad ahora (pese a que la OPEP había sido fundada en 1960), cuando la correlación mundial de fuerzas alejaba la posibilidad de que Estados Unidos y otras potencias occidentales ocupasen impunemente los campos petrolíferos de los países árabes, como lo habrían hecho en la edad dorada del imperialismo.⁸

No estábamos, pues, ante una guerra declarada por algunos países del Tercer Mundo contra la “civilización occidental”, ni, menos aún, frente a una contienda bélica que la Unión Soviética estuviera librando, a través de interpósitos actores, contra esa civilización. Estábamos asistiendo, esto sí, a una redefinición de las tradicionales relaciones entre los Estados imperialistas y los países coloniales, semicoloniales y dependientes. En el caso del triunfo de los referidos movimientos de liberación, tal hecho es claro, incluso en lo concerniente a las raíces coloniales del problema. Y en cuanto a la nueva política de precios seguida por la OPEP, tampoco hay duda de que lo que se intenta es revertir la secular tendencia al deterioro de los términos de intercambio, que constituye el rasgo más típico de la vinculación económica “centro-periferia”. En este sentido, no es casualidad que otros productores de bienes primarios hayan intentado también asociarse (exportadores de bauxita, de cobre, de banano, etc.), y

⁸ Una medida del cambio en la correlación mundial de fuerzas se expresa en el hecho de que fue Estados Unidos el que se apresuró a declarar una alerta de tipo nuclear con motivo de la Guerra de Yom Kippur, por temor a que la Unión Soviética interviniese en el Medio Oriente. Cfr. Richard Nixon, *La verdadera guerra: la tercera guerra mundial ha comenzado*, op. cit., pp. 20 y 110.

que en el propio año de 1974, en pleno ascenso de la marejada tercermundista, se haya puesto en marcha la idea de constituir un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), logrando, entre otras cosas, que la VI Sesión Extraordinaria de las Naciones Unidas aprobase la “Declaración para la constitución de un nuevo ordenamiento económico internacional”, y que la XXIX Asamblea General de la misma organización promulgara, con el apoyo de la abrumadora mayoría de sus miembros (de Asia, África, América Latina y los países socialistas), la “Cana de los derechos y deberes económicos de los Estados”.⁹

Por lo demás, la década de los setenta registró otros datos que parecían atestiguar que, subterráneamente, ese nuevo orden estaba en vías de gestación. Así, por ejemplo:

En el período 1970-1978, cuando la producción industrial en los países capitalistas avanzados aumentó el 3,3% anual, la del Tercer Mundo en conjunto aumentó el 8,6% anual, mientras que la de ocho países de reciente industrialización aumentó el 15% anual. Los Estados Unidos tenían desde 1974 un déficit global en el comercio de manufacturas con los países de reciente industrialización y el reto vino en particular de cinco países que respondían del 61% de las importaciones estadounidenses del Tercer Mundo en 1981: México, Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Brasil. Su competencia se notó particularmente en acero, construcción naval y textiles [...]¹⁰

Si para los países tercermundistas tanto aquellas acciones como estos datos representaban jalones en el camino de la esperanza, a los ojos de las potencias imperiales aparecían, en cambio, como una seria amenaza contra sus intereses y espacios “vitales”. Y la amenaza se percibió como más grave en la medida en que dichas potencias seguían sumidas en su crisis. Por cierto que los primeros síntomas de ésta habían sido detectados con

⁹ Cfr. Johann-Lorenz Schmidt, *Los países en desarrollo: origen, situación, perspectivas*, México, El Caballito, 1977, pp. 161 y ss.

¹⁰ Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, op. cit., p. 173.

bastante antelación al primer “choque petrolero”,¹¹ pero ahora se disponía de buenos chivos expiatorios en quienes descargar responsabilidades. Como escribe Fred Halliday:

La afirmación sobre que la OPEP era la única responsable de la inflación y la recesión de los años setenta carece de fundamento [...] Sin embargo, el efecto de los aumentos de la OPEP, junto con una recesión, iba a alimentar una hostilidad populista contra los Estados productores, contra los “árabes”, los “jeques” y así sucesivamente. Por supuesto, la respuesta ideológica fue nacionalista, y a menudo, racista, culpando a estos cabezas de turco extranjeros de la recesión en los países avanzados [...] Si el exponente más palpable de la crisis de la hegemonía capitalista a finales de los años setenta era la inflación, y si se culpaba al petróleo por la crisis, entonces fue, por encima de todo, a través de este medio, mediante el precio de la energía en el surtidor de la gasolinera y mediante la factura de calefacción doméstica, como se generó la movilización de una nueva hostilidad frente al Tercer Mundo [...] Cuando fueron secuestrados los rehenes estadounidenses en Teherán en 1979, pareció como si el demonio compuesto del Tercer Mundo se hubiera materializado por fin totalmente.¹²

Buenos salvajes musicales y pintorescos de los años cincuenta, héroes románticos de la década de los sesenta, henos aquí convertidos, a finales de los setenta, en la encarnación misma del mal y la barbarie. La xenofobia, el racismo, el chauvinismo, la prepotencia, todos esos reflejos almacenados en el subconsciente colectivo de los países de tradición colonialista e imperialista iban a descargarse ahora, con furia, sobre un desprevenido Tercer Mundo.

Estábamos, sobre todo, en la picota de la “nueva derecha”, corriente ideológica y política que se extendía como mancha de aceite por los países “avanzados” de Occidente. En 1979 fue ele-

¹¹ Véase, por ejemplo, el capítulo VII de Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, op. cit.

¹² Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, op. cit., p. 171.

gida primera ministra de Gran Bretaña la conservadora Margaret Thatcher, quien volvería a triunfar en 1983 y 1987. También en 1979 se produjo el viraje a la derecha de la política exterior estadounidense, bajo la presidencia del propio James Carter, dando origen a la llamada “segunda guerra fría”¹³ y como preludio de los aplastantes triunfos de Ronald Reagan en 1980 y 1984, y de Bush en 1988. Desde 1982, Yasuhiro Nakasone asume el poder en Japón, lo cual supone “un viraje general hacia la derecha en el ambiente ideológico interno, con una discreta confirmación del militarismo japonés y del culto al emperador”.¹⁴ Ese mismo año, el demócrata cristiano Helmut Kohl deviene en canciller de Alemania Federal. La derecha está, pues, bien servida por doquier; los regímenes de Martens en Bélgica, Lubbers en Holanda y Schlüter en Dinamarca son, como dice Perry Anderson, “cortados de la misma tela”. A ellos se sumará, poco después, el del criptonazi Kurt Waldheim en Austria.

Es cierto que el sur de Europa pareciera ir por caminos distintos, en la medida en que está gobernado por una socialdemocracia representada, hacia 1982, por Mitterrand en Francia, Craxi en Italia, González en España, Soares en Portugal y Papandreu en Grecia. Pero resulta que, con la sola excepción de Papandreu, todos ellos terminan por actuar igual o peor que los conservadores: congelación de salarios, incremento del desempleo, recortes al gasto social, ataques a los sindicatos. Además de que, como observa el mismo Anderson,

[...] la nueva socialdemocracia ha abrazado la nueva guerra fría. La campaña de Mitterrand por los misiles Cruise en Alemania, o de González por la integración de España a la OTAN, han estado a la vanguardia de la ofensiva de Reagan [...].¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 212.

¹⁴ *Ibid.*, p. 221.

¹⁵ Perry Anderson, “La socialdemocracia en los ochenta”, en *Brecha*, México, primavera de 1987, p. 28.

La actitud de esa “nueva derecha” no obedece, por lo demás, a una reacción improvisada y epidérmica frente a la crisis (por mucho que ésta la haya efectivamente exasperado), sino que es fruto de una visión del mundo que ha venido construyéndose de manera meditada y paulatina, ya sea como respuesta a los avances del ideario socialista, ya como réplica a las reivindicaciones igualitaristas del Tercer Mundo, o bien en contraposición al mismo desarrollo del Estado benefactor en los países capitalistas avanzados y, por supuesto, cual antídoto contra ese “malestar” de la cultura occidental denunciado por autores como Daniel Bell;¹⁶ vale decir, en oposición a aquel espíritu “contestatario”, un tanto lúdico y hedonista, que singularizó a buena parte de los movimientos culturales de los años sesenta.

Una muestra fehaciente de esa concepción retrógrada del mundo constituye la obra de los filósofos de la “nueva derecha” francesa, empeñados en acabar con un ideal igualitario que les parece una gravísima amenaza contra la civilización europea, y cuyos orígenes se remontarían, según ellos, al propio cristianismo, pasando por el Iluminismo y la Revolución de 1789, para desembocar “fatalmente” en el marxismo, cizañas, todas éstas, que urgiría extirpar de raíz.¹⁷ Desde los tiempos del nazifascismo no se había intentado, en realidad, una crítica tan radicalmente reaccionaria del humanismo occidental.

Y tenemos también eso que se denomina *sociobiología*, presentada en Estados Unidos como la mayor novedad científica contemporánea,¹⁸ y que hará verdadera escuela (sobre todo en los países anglosajones), a título de descifrar “las pautas fundamentales de la vida social mediante los principios teóricos de la biología neodarwiniana”.¹⁹ Con su obvio corolario de “expli-

¹⁶ Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad, s.f.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Alain de Benoisi y Guillaume Faye, *Las ideas de la “nueva derecha”*, Barcelona, Ediciones de Nuevo Arte Thor, 1986.

¹⁸ Sobre todo a raíz de la tan celebrada y publicitada aparición de *Sociobiology: The New Synthesis*, de E. O. Wilson, en 1975.

¹⁹ Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alian-

car” la guerra y la xenofobia, por ejemplo, a partir del “instinto de territorialidad”, o las desigualdades sociales entre los sexos por razones “naturales”, y sobre todo de convertirse en “un arma poderosa en manos de los ideólogos que defienden una organización social beligerante mediante una ‘defensa genética del mercado libre’”.²⁰

A este respecto, conviene recordar que son múltiples los vasos comunicantes que existen entre la sociobiología y el pensamiento económico neoliberal, de la Escuela de Chicago en particular,²¹ lo que después de todo es normal tratándose de dos vertientes de una misma y sólida visión del mundo. A fin de cuentas, el *neoliberalismo* no es más que un *neodarwinismo* aplicado al campo de la economía, con el mercado como “selector natural” de las “especies” empresariales mejor dotadas.

La congruencia de esta cosmovisión, el apoyo logístico que recibe desde todos los pretendidos “campos del saber” —filosofía, genética, sociología, economía, ciencia política, etc.—,²² confieren a la “nueva derecha” un gran poder de convicción, proporcionándole ese seguro doctrinarismo que la torna tan seductora. Como ha observado Nathan Glazer: “La administración Reagan fue —caso raro si no único en la política estadounidense— una verdadera administración ideológica. Y uno no espera administraciones ideológicas en los Estados Unidos”.²³

za Universidad, 1984, p. 78. Bell considera a la sociobiología una de las cuatro “llaves para la comprensión de la conducta social” en la década de los setenta.

²⁰ R. C. Lewontin et al., *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 287-288.

²¹ Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., p. 104.

²² Para un análisis más amplio de esta cuestión, véase Agustín Cueva (coord.), *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*, número monográfico de la revista “A”, N° 20, México, UAM-A, enero-abril de 1987 (edición brasileña en San Pablo, Huchee, 1989; edición ecuatoriana en Quito, El Conejo, 1989).

²³ Nathan Glazer, *The Limits of Social Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1988, p. 36.

Por su parte, el *conservadurismo de masas*, vale decir, ese “sentido común” conservador que la crisis va creando en países que tienen mucho que conservar y se sienten amenazados por un supuesto asedio externo, convierte a la “nueva derecha” en una fuerza avasalladora, capaz de llevar adelante una verdadera *cruzada* reaccionaria a nivel mundial.

Esta cruzada ha consistido, en primer lugar, en una tenaz lucha ideológica encaminada a revalorizar el papel histórico (y desde luego actual) del capital, de la iniciativa privada y del mercado como *Deus ex machina*, y a arremeter, consecuentemente, contra todo cuanto se oponga al libre juego de dichas fuerzas y “leyes”. La intervención del Estado en tales ámbitos ha sido denunciada, por ende, como la más grave aberración de nuestro tiempo, y cualquier intento de contrarrestar los peores resultados de la “libre competencia” con algún tipo de justicia social ha sido considerado como un hecho “antinatural”. Si durante un largo período, que probablemente se inicia con el *New Deal* rooseveltiano,²⁴ el capitalismo había buscado mostrarse como una instancia benefactora (*welfare state*) y encubrirse con el manto de *justicia distributiva*, en los años ochenta de este siglo todo ello es abandonado en favor de un darwinismo puro y duro. Es más, si a principios de esta misma década el capitalismo aún necesitaba justificar su existencia invocando los valores de una civilización occidental y cristiana (o judeocristiana, como también se decía), a la que supuestamente encarnaba, al finalizar tal decenio dicha invocación salía sobrando.²⁵ En menos de diez años, la *contrarrevolución cultural y ética* de la “nueva derecha” había triunfado, convirtiendo sus ideas en el telón de fondo de la época (del mismo modo que la cultura de izquierda había sido el punto de referencia obligado de los años sesenta y comienzos de los setenta, cuando Sartre llegó a afirmar que el marxismo era “el horizonte de nuestra cultura”).

²⁴ Cfr. William Paul Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América, Historia universal*, vol. 30, México, Siglo XXI, 7ª ed., 1983, capítulo 6.

²⁵ Como se puede comprobar con el simple cotejo de los documentos llamados “Santa Fe I” (“Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del Nuevo Mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos”) y “Santa Fe II” (“Santa Fe II: una estrategia para América Latina en los noventa”).

Pero la “nueva derecha” no es únicamente ideología, sino también política y poder. Y en este plano, ha sido el neoconservadurismo estadounidense el abanderado de la gran cruzada desde el momento en que, bajo la égida de Ronald Reagan, el gobierno norteamericano decide abandonar la idea de ese “trilateralismo” tan en boga en los años setenta (elaboración de políticas internacionales conjuntamente con Europa Occidental y Japón),²⁶ y pasa a practicar un abierto “unilateralismo”,²⁷ es decir, un liderazgo exclusivo de Estados Unidos.

De este modo se produjo una indudable reconcentración de poder en la potencia americana, que en adelante marcaría la pauta de comportamiento de todo el Occidente, derechizándolo consiguientemente. La guerra fría, reiniciada por Carter en 1979, no hizo más que agudizarse:

En forma resumida, la consolidación de la segunda guerra fría representó un intento general de reducir las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Estas consecuencias habían sido: un traslado sustancial de los recursos hacia la clase trabajadora y las clases desfavorecidas en los países capitalistas avanzados, mediante políticas de salarios y de asistencia social; una aceptación de la URSS como una de las dos principales potencias del mundo, como consecuencia de su papel fundamental en la derrota del nazismo; y la sustitución del papel colonial por la independencia, en el Tercer Mundo. Las acciones de la administración Reagan y de sus aliados en Europa pretendían modificar por completo estas consecuencias utilizando la recesión, el anticomunismo y la amnesia histórica para imponer un nuevo conjunto de valores y políticas en el mundo.²⁸

²⁶ Véase al respecto *Estados Unidos, perspectiva latinoamericana*, México, Cuadernos Semestrales del CIDE, No. 2-3, segundo semestre de 1977-primer semestre de 1978; enteramente dedicado al tema “La Comisión Trilateral y la coordinación de políticas en el mundo capitalista”.

²⁷ Concepto utilizado por Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, *op. cit.*, p. 215.

²⁸ *Ibid.*, p. 222.

Esto era, en verdad, lo que buscaba la “nueva derecha”. Sin embargo, su acción topó con límites objetivos. Es cierto que el Estado de bienestar sufrió mermas en los países capitalistas avanzados, sobre todo en el momento del *ajuste* necesario para la superación de la crisis, pero no es menos cierto que los “recortes” terminaron siendo bastante inferiores a lo que los neoconservadores hubieran deseado. En síntesis, el *welfare State* se mantuvo en dichos países, incluyendo a Estados Unidos,²⁹ por la sencilla razón de que no era posible desmantelarlo sin quebrantar el orden democrático vigente, cosa inimaginable.

En cuanto a las relaciones con el Imperio del Mal (como Reagan llegó a llamar a la Unión Soviética), ellas fueron sin duda tensas y de constante hostigamiento, sobre todo en el período 1981-1984. Pero también esta actitud encontró límites claros que, de no ser respetados, fácilmente habrían recalentado la “guerra” más de lo debido. A la postre, Reagan no se atrevió a atizar el fuego ni siquiera en la convulsionada Polonia, y en 1985 reanudó las conversaciones con la URSS. En noviembre de ese mismo año el mundo pudo contemplar, transmitidas desde Ginebra, las imágenes de algo que uno o dos años antes parecía inconcebible: la reunión cumbre de los dirigentes de las dos grandes potencias mundiales, Reagan y el flamante Gorbachov.

La “nueva derecha” fue en cambio implacable en su trato con el Tercer Mundo, al que le hizo sentir todo su peso en los campos ideológico, económico, político y militar. En el terreno ideológico-cultural, por ejemplo, la administración Reagan declaró la guerra a muerte a la UNESCO, hasta que en buena medida consiguió su propósito: quebrar la orientación tercermundista que ella había llegado a adquirir. Entre los principales proyectos que de ese modo fueron bloqueados se encontraba el de un “Nuevo Orden Informativo Mundial”, a través del cual se buscaba crear ciertos mecanismos que contrarrestaran, aunque fuera en parte, el predominio creciente de Estados Unidos en el campo de la in-

²⁹ Como se desprende del propio libro de Nathan Glazer, *The Limits of Social Policy*, *op. cit.*

formación y la difusión cultural. Los resultados de este triunfo de la “nueva derecha” están a la vista; en 1988, Estados Unidos controlaba ya el 75% de la circulación mundial de programas de televisión, el 65% de las informaciones, el 50% del cine, el 60% de los discos y cassetes y el 89% de la información comercial. Como comenta Anselmo Sule:

En esta forma todo se conjuga para que seamos más vulnerables al avance de un proyecto económico con incidencia política, que no responde a nuestros intereses y aspiraciones, porque nuestra capacidad de decidir está influida por un mensaje que tampoco es el nuestro. A la larga eso irá minando el pleno ejercicio de nuestra soberanía, así como en el último tiempo se han ido reduciendo las expectativas que hace un par de años teníamos de empezar a caminar con paso seguro hacia la integración.³⁰

Y el combate neoconservador contra la idea de un “Nuevo Orden Económico Internacional” ha sido igualmente encarnizado. Parece haber acuerdo entre los observadores para señalar que, por una ironía de la historia, ese proyecto que había tomado cuerpo en México (fue el presidente Luis Echeverría quien lo elaboró y presentó, por primera vez, en la Tercera Conferencia de la UNCTAD, en 1972), fue sepultado en el mismo país, durante la reunión de Cancún (octubre de 1981),³¹ en la que Estados Unidos dejó sentado que no tenía el menor interés en celebrar negociaciones globales ni ningún tipo de diálogo Norte-Sur, posición que mantiene hasta hoy. Con posterioridad, la señora Kirkpatrick se vanaglorió de haber aplastado dicho proyecto también en la ONU, cuando se desempeñaba como embajadora de su país ante dicho organismo,³² y el propio presidente Reagan se jactó de

³⁰ “Comunicación y desarrollo”, publicado en “Testimonios y documentos de *El Día*”, México, 2 y 3 de octubre de 1989. Las cifras referentes al predominio estadounidense en el campo de la comunicación provienen de este mismo trabajo.

³¹ Véase, por ejemplo, Ramón Tamames, *Estructura económica internacional*, op. cit., p. 182.

³² *Newsweek*, 14 de enero de 1985.

haber “puesto de rodillas” a la OPEP.³³ Todavía el Tercer Mundo no acaba de pagar la cuenta de estas derrotas.

En un plano político más general, el gobierno neoconservador pasó a restringir todo margen de autonomía a sus aliados de la periferia. Como lo demostró el documento que ahora se conoce con el nombre de “Santa Fe I”, quien no estaba cien por ciento de acuerdo con la política estadounidense era considerado como un enemigo a abatir. Trágica coincidencia o algo peor, tanto el presidente ecuatoriano Jaime Roldós como el general Omar Torrijos, de Panamá, satanizados como “disidentes” en aquel documento,³⁴ terminaron falleciendo en extraños accidentes de aviación.

Por último, y como expresión máxima del proyecto neoderchista de *reversión* (*roll back*) de los avances logrados por el Tercer Mundo, y en particular por sus movimientos de liberación nacional, se puso en marcha la llamada “guerra de baja intensidad”, consistente, en resumidas cuentas, en la organización, financiación y apoyo logístico de grupos mercenarios encargados de hostigar (guerra de desgaste), y de ser posible derrocar, a determinados gobiernos revolucionarios todavía no plenamente consolidados.³⁵ Fue, entre otros, el caso de la Nicaragua sandinista, acosada por los “contras”, o en África, el de la República Popular de Angola, asediada por la UNITA; países a los cuales no se logró derrotar, pero sí hacerles pagar un precio muy elevado por su independencia y libertad. Precio que ha sido usado, además,

³³ *El Día*, México, 12 de enero de 1986.

³⁴ Donde expresamente se dice que “La doctrina Roldós —del nombre del presidente de Ecuador— debe ser condenada”, refiriéndose al principio roldosiano de defensa intransigente de los derechos humanos; a la vez que se habla de “la dictadura de extrema izquierda, brutalmente agresiva, de Omar Torrijos”. Utilizamos la traducción del documento “Santa Fe I” publicada por la revista uruguaya *Estudios*, No. 78, marzo de 1981.

³⁵ Sobre este tema existe, como es de suponer, una abundantísima bibliografía. En lengua española destacan: Lilia Bermúdez, *Guerra de baja intensidad: Reagan contra Centroamérica*, México, Siglo XXI, 1987; VV. AA., *Centroamérica: la guerra de baja intensidad*, San José de Costa Rica, CRIES, 1987; Ana María Ezcurra, *Intervención en América Latina: los conflictos de baja intensidad*, México, Claves Latinoamericanas, 1988.

como escarmiento contra cualquier otro país que pretendiese seguir algún camino similar.

Como se puede percibir a través de algunos de los ejemplos mencionados, América Latina mal podía escapar a los efectos del viraje de Occidente a la derecha. Lo que es más, podría decirse que la dinámica política de nuestra región no es ajena a tal viraje. Recapitulemos ciertos hechos.

Luego de la oleada dictatorial que determinó que, hacia mediados de los años setenta, como mínimo tres cuartas partes de la población latinoamericana viviesen bajo regímenes militares o afines, o en “democracias” *sui generis* con permanente estado de sitio (estilo Colombia), la administración Carter trató de dar cierto respiro a la región emprendiendo, a partir de 1977, una campaña en favor de los derechos humanos y por la instauración de formas democráticas de gobierno, en el entendido de que, dadas las duras derrotas sufridas por las fuerzas populares en la fase precedente, la situación estaba bajo el control de los amigos de Estados Unidos. En otras palabras, se estimaba que la parte sucia del trabajo había llegado a buen término durante la administración anterior (con Henry Kissinger como ideólogo y ejecutor), de suerte que ahora podía entrarse sin temor ni riesgos en la etapa “constructiva”, promoviendo una democracia “viable”, proamericana, liberal.

Sólo que Carter, por razones de variado signo e intención, no logró en ningún momento controlar la situación. En algunos casos, como el de Chile, la dictadura simplemente se negó a aceptar las “sugerencias” de la Casa Blanca; nada, pues, de liberalización ni distensión. Algo similar ocurrió en Haití. En otros países, como Bolivia, el fin del “banzerismo”³⁶ se expresó en dos golpes de Estado sólo en el año 1978, mas sin ninguna transición a la democracia. En el Perú, en cambio, para sorpresa no sólo de Carter sino de todos los observadores, una izquierda que hasta entonces había pesado poco en la vida nacional obtuvo alrededor de un tercio del

³⁶ Dictadura del general Hugo Banzer (1971-1978), hoy soporte político del presidente socialdemócrata Jaime Paz Zamora.

total de votos para la Asamblea Constituyente. En Brasil, donde las cosas parecían estar más “en orden”, la oposición desbordó las previsiones gubernamentales y, sobre todo, la nueva clase obrera de los cordones industriales de São Paulo hizo su aparición con masiva e insólita fuerza. Como algunos lo advirtieron, era la punta de un *iceberg*: el del movimiento popular latinoamericano que resurgía. En el Ecuador, la derecha fue derrotada dos veces en el transcurso de 1978, ante el también inopinado ascenso del “roldosismo” (o sea, de la corriente popular encabezada por Jaime Roldós, a quien ya nos hemos referido).

Resultaba evidente que la administración Carter no estaba logrando manejar a su antojo la situación, y menos todavía en la zona centroamericana y caribeña. Con Panamá había tenido que suscribir, en septiembre de 1977, los tratados que se conocen justamente con el nombre de “Tratados Torrijos-Carter”, única manera de aplacar las legítimas reivindicaciones de ese país. Pero la idea de reintegrar la “zona del Canal” a Panamá entre el primero de octubre de 1979 y el 31 de diciembre de 1999, ciertamente no era del agrado de esa “nueva derecha” estadounidense empeñada, hasta hoy, en revertir tal situación a como diera lugar. En Nicaragua, las luchas populares arreciaron desde octubre de 1977, con perfiles nítidamente insurreccionales, mientras en El Salvador el movimiento guerrillero se expandía con gran arraigo de masas y en la propia Guatemala se asistía a una movilización creciente de los trabajadores y otros sectores populares urbanos, así como a la politización activa del campesinado indígena.

El nacionalismo puertorriqueño, por su lado, había cobrado un nuevo dinamismo. Y, aunque hoy parezca inverosímil, el Michael Manley de entonces se empecinaba en seguir una política bastante autónoma como primer ministro de Jamaica. Igual que su homólogo guyanés Linden Forbes Burnham, quien, en opinión de los “halcones” del Norte, había llegado a hacer de Guyana “un Estado marxista prosoviético”,³⁷ acusación exagerada, por decir lo menos.

³⁷ Documento “Santa Fe I”, *op. cit.*, p. 22.

Empero, la gota de agua que colmó el vaso y pareció ilustrar patéticamente el papel de “aprendiz de brujo” desempeñado por Carter (por lo menos a los ojos de sus adversarios de derecha), fue el triunfo sandinista de julio de 1979, subrayado por dos acontecimientos más: la sorpresiva toma del poder en Granada por miembros del partido nacionalista de izquierda Nueva Joya,³⁸ en marzo de aquel mismo año, y poco después, la celebración en La Habana de la Sexta Reunión Cumbre de los Países No Alineados, con la consiguiente elección de Fidel Castro como presidente del movimiento. A partir de entonces, la mira norteamericana comenzó a apuntar, rabiosa, contra la región: mientras el presidente Carter, en su discurso del primero de octubre de 1979 ubicaba a Centroamérica y el Caribe como puntos nodales del conflicto Este-Oeste, convirtiéndolos, por ende, en escenario de la segunda guerra fría, la “nueva derecha” definía directamente al mar Caribe como un “lago marxista-leninista”.³⁹

En realidad se trataba de una zona altamente explosiva, pero no necesariamente por culpa del Este, sino por constituir algo así como el eslabón relativamente más débil de la dominación imperialista en el hemisferio occidental; vale decir, el espacio donde el desarrollo subordinado del capitalismo ha acumulado el mayor número de contradicciones. Para empezar, es en el *bassin* centroamericano-caribeño donde han subsistido muchos territorios coloniales hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y algunos hasta nuestros días, aunque disfrazados de *commonwealth* o *territoires d'outre-mer*.⁴⁰ Luego, es ahí donde se han creado particulares situaciones semicoloniales, como la de Panamá, país que además de haber sido varias veces invadido y partido físicamente en dos por la zona del Canal, carece hasta hoy de moneda propia; o como la de Honduras, que ha sido la típica “economía de en-

³⁸ Cfr. David E. Lewis, *Reform and Revolution in Grenada, 1950 to 1981*, La Habana, Casa de las Américas, 1984; y Maurice Bishop, *Discursos escogidos, 1979-1983*, La Habana, Casa de las Américas, 1986.

³⁹ Documento “Santa Fe I”, *op. cit.*, p. 22.

⁴⁰ Para tener una idea más acabada del complejo mosaico caribeño, véase Gérard Pierre-Charles, *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1981.

clave”, aun antes de convertirse en “república alquilada”⁴¹ en la década de los ochenta. Asimismo, ésta ha sido la región que mayor número de invasiones y ocupaciones estadounidenses ha sufrido (Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana, Granada, Nicaragua y Guatemala), en un constante intento por frustrar cualquier desarrollo nacional *autónomo*. Y es en esta área donde se encuentran los países que como Haití, Nicaragua, Guatemala y similares, han soportado las más oprobiosas dictaduras, y en los que nunca se ha producido aquel tipo de transformaciones que en otras latitudes han descongestionado un tanto las rigideces estructurales: ni revolución democrático-burguesa como en México, ni “populismo” o reformismo militar al estilo sudamericano; nada que se les parezca, ya que la propia dominación norteamericana se ha encargado de impedirlo. Varios de esos países hasta ahora no han conocido experiencias genuinamente democráticas (Haití, para no ir más lejos), mientras otros, como Guatemala, sólo la han vivido como excepción (1944-1954), o recién han empezado a construirla, como Nicaragua desde 1979, y no por azar bajo el asedio, incluso militar, de Estados Unidos. Las capas medias, y en especial los intelectuales, han carecido en casi todos estos países de espacios reales de desarrollo; a la vez que el campesinado jamás se ha beneficiado de la menor reforma, salvo en situaciones muy particulares como la de Costa Rica. En fin, ha sido en el área centroamericana donde las oligarquías han sido más longevas, perdurando hasta el presente cual viejo tronco del que han ido brotando —o en el que han sido injertadas— nuevas ramas del capitalismo.

Por si este cúmulo de oprobios fuera poco, el sistema imperialista ha seguido extorsionando económicamente a estas naciones hasta el preciso momento en que una parte significativa de ellas entraba en la fase revolucionaria. Como observa el siempre moderado Carlos F. Díaz-Alejandro, luego de analizar la evolución de los términos de intercambio de América Latina entre 1971-1973 y 1982-1984:

⁴¹ Cfr. Gregorio Selser, *Honduras, república alquilada*, México, Mex-Sur, 1983.

El desempeño comercial pobre o mediocre del resto de países [se refiere a los países no petroleros de América Latina], principalmente de los pequeños [...], parece ajustarse a una explicación ecléctica que conjuga las bajas cotizaciones internacionales y la debilidad de la demanda externa con la insuficiencia en los incentivos domésticos. Sin embargo, *el deterioro de los términos de intercambio en las repúblicas centroamericanas y del Caribe durante los once años es notable y puede considerarse exógeno*.⁴²

De todos modos, la “nueva derecha” estadounidense no estaba dispuesta a entender razones ni a respetar derechos, y aún menos a reconocer que cada pueblo debe ser dueño de su destino: Centroamérica era *su* patio trasero y el Caribe *su* mar, y eso es lo que contaba. Poco le importó, por ende, que la Revolución Sandinista hubiera optado por un modelo caracterizado por el *pluralismo político y cultural*, la *economía mixta* y el *no alineamiento*, y que las fuerzas que la impulsaban estuviesen inspiradas no sólo en un ideario socialista, sino también en lo mejor del nacionalismo latinoamericano y en un renovado cristianismo.⁴³ En lugar de comprender estos novedosos fenómenos y respetarlos, los neoconservadores del Norte decidieron, como lo confesarían más tarde, que “el matrimonio del comunismo con el nacionalismo representa el más grande peligro para la región y para los intereses de Estados Unidos”, y que la teología de la liberación no pasa de ser “una doctrina política disfrazada como creencia religiosa, con una significación antipapal y contraria a la libre empresa”.⁴⁴

⁴² “Algunos aspectos de la crisis del desarrollo en América Latina”, en Rosemary Thorp y Lawrence Whitehead (eds.), *La crisis de la deuda en América Latina*, Bogotá, Siglo XXI de Colombia, 1986. Las cursivas son nuestras.

⁴³ De la inmensa bibliografía sobre la revolución nicaragüense citamos: Lucrecia Lozano, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985; Tomás Borge, *Los primeros pasos: la revolución popular sandinista*, México, Siglo XXI, 1981; Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, La Habana, Premio Casa de las Américas, 1984; Richard Harris y Carlos M. Vilas (comps.), *La revolución en Nicaragua: liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, México, Era, 1985.

⁴⁴ En realidad, estas formulaciones aparecen en el documento “Santa Fe II”. Véase

Reagan no tardó, pues, en desencadenar la guerra contra Nicaragua, a pesar de sus costos humanos y sociales, que ciertamente no fueron de “baja intensidad” para el pueblo agredido. Como explica Sergio Ramírez:

La guerra de la “contra” para derrocar al gobierno sandinista y cuyo objetivo es destruir una revolución nacional, ha cobrado 57.000 víctimas en Nicaragua entre 1981 y 1989. De acuerdo con la población de Estados Unidos y de México, ello equivaldría en Estados Unidos a 4 millones de víctimas y en México a 1.303.000. Los daños ocasionados por la guerra de la “contra” y por los sabotajes estadounidenses a la economía nicaragüense alcanzan 12.300 millones de dólares. Para Nicaragua, cuyas exportaciones en 1980 fueron de cerca de 450 millones de dólares y entre 1986 y 1988 se redujeron a alrededor de 299 millones, esta cifra es inmensa.⁴⁵

Todos esos daños son, en realidad inmensos; superiores, en términos proporcionales, a los sufridos por Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en eso mismo consiste la *guerra imperialista de “baja intensidad”*: en tratar de “neutralizar” a los rebeldes del Tercer Mundo llevándolos a los límites del desangramiento y la depauperación.

En el caso de El Salvador, Estados Unidos también volcó su poderío (dentro de los parámetros de ese tipo de guerra) en favor de sus “aliados naturales” y en contra del movimiento popular representado fundamentalmente por la alianza del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el Frente Democrático Revolucionario (FMLN-FDR). Y aquí tampoco importó que el segundo de esos frentes fuera de orientación socialdemócrata, hecho que en sí mismo revelaba el carácter *plural* del proceso de cambio; lo que Washington no podía admitir es que se buscara un cambio no “monitoreado” por él.

la versión publicada en Enriqueta Cabrera (comp.), *Respuestas a “Santa Fe II”*, México, El Día en Libros, 1989, pp. 196 y 207.

⁴⁵ “El poder popular ha permitido enfrentar los reos de Nicaragua”, en “El Gallo Ilustrado”, suplemento dominical de *El Día*, México, 30 de julio de 1989.

Durante el período 1983-1987, el gobierno salvadoreño había recibido ya una ayuda económica del orden de 1.792 millones de dólares,⁴⁶ lo cual le había permitido, entre otras cosas, quintuplicar el número de sus efectivos militares con relación a 1980, amén de modernizarlos. Aun así, la guerra estaba lejos de ser ganada por las fuerzas del “orden”; la insurgencia seguía firme, mantenía la iniciativa y, a diferencia de la “contra” nicaragüense, que jamás logró implantarse en su país (de hecho se instaló en Honduras), el FMLN contaba con zonas liberadas relativamente amplias y ejercía influencia significativa en el resto del territorio nacional. Mas el precio pagado sólo podía ser alto: 70.000 muertos civiles, 20.000 bajas del ejército y 5.000 de la guerrilla, además de entre 400.000 y 500.000 desplazados en lo que va de la guerra.⁴⁷

En Guatemala, en cambio, el proceso insurgente fue mutilado antes de que el movimiento armado alcanzase una magnitud comparable a la del sandinismo o del FMLN. En efecto,

[...] entre 1981 y 1983, período en que el ejército gubernamental utilizó en gran escala los métodos contrainsurgentes (tierra arrasada, patrullas civiles y aldeas modelo), se pueden contabilizar más de 35.000 muertos, 900.000 personas agrupadas en la autodefensa civil, 18.000 habitantes reconcentrados en aldeas modelo (dato oficial), 46.000 refugiados en México y 1.200.000 desplazados internos. Son datos más que elocuentes de la “lógica” contrainsurgente sobre la población de este país, que se convierten en el costo social para ésta y las próximas generaciones.⁴⁸

¿Triunfo de la política de “mano dura” de Estados Unidos? Si al hecho de sembrar la destrucción y la muerte en tan elevada es-

⁴⁶ Cfr. Alexander Segovia, “Límites y dilemas de la política económica”, en VV. AA., *El Salvador: guerra, política y paz (1979-1988)*, San Salvador, ONAS-CRIES, 1988, p. 117.

⁴⁷ Cfr. Raúl Benita Manaut, “Guerra e intervención norteamericana”, en VV. AA., *El Salvador: guerra, política y paz (1979-1988)*, *op. cit.*, pp. 30 y 38.

⁴⁸ D. Barry, R. Vergara y R. Castro, “La guerra total: la nueva ideología contrainsurgente norteamericana”, en *Centroamérica: la guerra de baja intensidad*, San José, CRIES, DEI, 1989, pp. 233-234.

cala se decide denominar “victoria”, lo sería incuestionablemente. Pero resulta que la misma “guerra de baja intensidad” persigue ciertos objetivos que van más allá de la simple “tierra arrasada”. Como observa Deborah Barry:

La guerra de baja intensidad replantea cómo lograr el objetivo estratégico de la guerra; no busca la eliminación física del enemigo por medios militares sino, más bien, deslegitimarlo, aislarlo y sofocarlo, a tal grado que los insurgentes y los gobiernos revolucionarios dejen de considerarse como una alternativa política posible o estable [...] Se parte del principio de que la *guerra de baja intensidad* es una guerra principalmente política e ideológica, lo cual significa que la victoria se obtiene básicamente alterando las variables políticas, hasta que el enemigo se vuelva ineficaz.⁴⁹

Al cabo de ocho años de aplicación de esta estrategia, parece claro que Estados Unidos no ha logrado el propósito de anular a sus enemigos. Después de todo la Revolución Sandinista sigue en pie y el FMLN no ha sido privado de su proyección política. Los movimientos de liberación de la región han sufrido sin duda un desgaste, mas algo semejante ocurre con sus adversarios. Del trauma y la fatiga de la guerra nadie escapa, salvo, como es lógico, la potencia imperial que la atiza, pero sin arriesgar mayormente sus tropas. Esto también forma parte de la teoría y la práctica de la “guerra de baja intensidad”. Sólo que, a la larga, tal estrategia ha devenido un arma de doble filo al crear una situación de equilibrio o empate “catastrófico” que ninguno de los contendientes está en capacidad de alterar significativamente, so pena de desencadenar una guerra de intensidad bastante más “alta”, que terminaría por involucrar a todos los países de la región, incluida Costa Rica, además de los propios Estados Unidos (con sus tropas, se entiende). Es el tipo de guerra que no conviene a nadie; ni siquiera a las elites conservadoras de Centroamérica.

⁴⁹ “La doctrina de contrainsurgencia”, en *ibid.*, pp. 35-36.

En este escenario hay que entender las negociaciones que se inician en 1986 (“Esquipulas I”), a pesar del gobierno estadounidense y con cierta autonomía centroamericana, prosiguiendo con el “Plan Arias” y “Esquipulas II”,⁵⁰ y que parecieran estar, en 1989, en condiciones de promover una razonable paz ecléctica. La única posible, quizás.

Los acuerdos reconocen, *de facto*, el derecho de existir de la Revolución Sandinista, aunque sujeta a la ordalía electoral (en la que, signo de los tiempos, Estados Unidos se arroga el derecho de intervenir económica e ideológicamente). Y reconocen también, en contraste, la “legitimidad” de una Guatemala que sigue gobernada por un aparato militar terrorista, con una débil fachada civil demócrata cristiana. El desenlace de la revolución salvadoreña queda abierto —sólo puede ser objeto de una negociación interna—; en cuanto a Costa Rica, no ofrece mayor problema: es la única república conservadora de América Latina por voluntad propia y no porque alguien se lo imponga. Los acuerdos prevén que la “contra” debe ser desmantelada en Honduras, pero con las bases y tropas estadounidenses instaladas ahí está lejos de vislumbrarse una salida: a las propuestas soviéticas de hacer de Centroamérica una zona libre de injerencia militar extranjera, Estados Unidos opone el argumento de siempre: sus intereses estratégicos en el área son distintos de los de Moscú; en síntesis, se trata de *su* traspasamiento y no piensa retirarse de él.

Desde febrero de 1987 se ha reabierto, en cambio, un viejo foco de conflicto regional: Panamá.⁵¹ So pretexto de pedir la destitución del jefe de la Fuerza de Defensa, general Manuel Antonio Noriega, a quien se acusa de tráfico de drogas, el gobierno estadounidense persigue la anulación de los tratados Torrijos-Carter, tal como lo revela el documento “Santa Fe II”.⁵² La batalla del

⁵⁰ Cfr. Enrique Gomáriz (ed.), *Balance de una esperanza: Esquipulas I un año después*, San José de Costa Rica, I-LACSO-CSUCA, 1988.

⁵¹ Para entender las raíces de este viejo conflicto, véase Ricaurte Soler, *Panamá: historia de una crisis*, México, Siglo XXI, 1989.

⁵² Cfr. Enriqueta Cabrera (comp.), *Respuestas a “Santa Fe II”*, *op. cit.*, pp. 216-217.

Canal viene, pues, librándose todos los días y por los medios más variados, mientras que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos muestran sus clásicas vacilaciones: por un lado le hacen el juego a Estados Unidos, insistiendo en la “ilegitimidad” de Noriega; por otro, temen que una invasión de Panamá termine por desencadenar un conflicto bélico regional de incalculables consecuencias y magnitud.

Si Estados Unidos no ha conseguido imponer *su* orden en Centroamérica, en el Caribe lo ha hecho mejor. En octubre de 1983 ocupó Granada, luego de que un grupo de aventureros de la misma izquierda cometió la locura de asesinar al primer ministro Maurice Bishop, sumiendo al país en el caos total. Ello permitió la invasión impune de la isla y, con esto, la consumación del único *roll back* de los ocho años de administración Reagan en el mundo. Trofeo magro, en verdad, si se recuerda que la población de Granada es cinco veces menor que la de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero Estados Unidos aprovechó esta “hazaña”, y sobre todo la falta de reacción latinoamericana frente a ella, para amenazar al gobierno surinamés, encabezado por Buterse, con aplicarle la misma receta si no cortaba sus amistosas relaciones con Cuba. Poco después, la Internacional Socialista condenaba también a Buterse, mientras el gobierno militar brasileño le hacía saber que igualmente tenía intereses estratégicos en Surinam. En suma: o Buterse se alineaba mansamente con Occidente, o terminaba escuchando hablar inglés o portugués en Paramaribo. Escogió la primera opción.

Entre tanto, el movimiento independentista puertorriqueño había ido declinando, por razones sobre todo internas, al tiempo que Estados Unidos controlaba firmemente las riendas de la “transición” haitiana (Jean-Claude Duvalier fue derrocado en 1986). Hasta ahora, 1989, este país no ha salido del régimen dictatorial, pero la Casa Blanca sería la última en denunciar la situación: el problema de la democracia sólo incumbe a la “nueva derecha” en la medida en que lo juzga conveniente para sus intereses. En Jamaica, el People’s National Party tomó, a su vez,

el camino de “la moderación y la conciliación”,⁵³ en el momento en que su líder, Michael Manley, volvía a ser elegido primer ministro. Con todo esto, el “lago marxista-leninista” de hace ocho años volvía a recobrar, aparentemente, la calma.

En América del Sur, mientras tanto, la hora de la democratización había sonado. Al “retorno constitucional” de Ecuador, en agosto de 1979, siguió el del Perú, un año más tarde, y es comprensible que estos países fuesen los pioneros, en la medida en que sus dictaduras habían sido las más “blandas” de la región; reformismo nacionalista militar, en realidad. No había por lo tanto mayores rencores ni temores acumulados, ni grandes cuentas que saldar ni “transiciones” amañadas que preparar.

Les siguió Bolivia en 1982, luego del inestable y por momentos tormentoso cuatrienio posterior a la caída de Banzer. Un año después fue el turno de Argentina. En este caso, la salida de los militares se facilitó tanto por la dura crisis económica que azotaba al país, cuanto por la contundente derrota sufrida en la guerra de las Malvinas, en 1982, cuando, gracias al apoyo militar y político de Estados Unidos, Gran Bretaña trituró a los contingentes argentinos. El panamericanismo, como se ve, era una tomadura de pelo frente al atlantismo.

1985 fue el año de las transiciones en Brasil y Uruguay, ambas muy poco ortodoxas. En el primer caso, la fórmula de Tancredo Neves para presidente y José Sarney para vicepresidente⁵⁴ se impuso en una elección indirecta, en el seno de un parlamento en buena parte integrado por representantes “biónicos”, es decir, designados por la propia dictadura. En el caso uruguayo la elección fue directa, pero con el político más popular del país, Wilson Ferreira Aldunate, tras las rejas. Lo importante fue, en todo caso, que los militares regresaron —al menos formalmente— a sus cuarteles.

⁵³ Son palabras de *Newsweek*, 20 de febrero de 1989, p. 25.

⁵⁴ Como se recordará, Neves falleció antes de asumir el cargo, siendo reemplazado por Sarney.

Hubo que esperar hasta 1989 para que Paraguay entrase también en los cauces legales, luego del inesperado derrocamiento de Stroessner, tras 35 años de dictadura y —“astucia de la historia”, habría dicho Hegel— por acción de su propio consuegro, actual presidente constitucional del país.

Si todo marcha como está previsto, Chile contará con un presidente democráticamente elegido a finales de 1989, con lo cual se cerraría no sólo un ciclo dictatorial de más de 16 años en esa nación, sino también un ciclo entero —y casi eterno— de dictaduras en América del Sur. Conmemoramos, en cualquier circunstancia, una década de transiciones democráticas en América Latina; la que inauguran Ecuador en Sudamérica y Nicaragua en América Central.

Hasta aquí, el lado más bien claro de la luna. Pero su lado oscuro no tardó en revelarse en 1982, cuando, para sorpresa no solamente de Latinoamérica sino del mundo entero, se descubrió que México, “milagro petrolero” y “potencia emergente” de la década anterior, se hallaba simplemente al borde de la quiebra; no tenía más dinero para “honrar”, como hoy se dice, sus compromisos financieros con el exterior.

Y no era únicamente México, que a esas alturas tenía una deuda cercana a los 90.000 millones de dólares: Brasil había superado ya ese monto; Argentina y Venezuela, sumadas, adeudaban casi 80.000 millones, y América Latina en conjunto debía más de 330.000 millones de dólares. Dictaduras o democracias, gobiernos liberales o conservadores, democratocristianos o socialdemócratas, todos parecían haberse puesto de acuerdo para administrar desastrosamente las economías de sus respectivos países, así como para responsabilizar de ello a un fantasma en este caso inocente, el del “populismo”, que en ninguna parte gobernara en el período del gran endeudamiento.

Y es que no era un problema de buenos o malos mandatarios, con independencia de que en otros planos lo hayan sido o no. Se trataba de un reajuste global del sistema capitalista que, por una vía *sui generis* nos pasó, como siempre, la cuenta de *su crisis*. La CEPAL y otras instituciones han hablado de una “permisividad

financiera” existente en el segundo quinquenio de los setenta, para señalar que por entonces había en el mundo desarrollado un “exceso” de capital que no se sabía bien en qué invertir y por ende se lo ofrecía en préstamo, “con facilidades”, a quien quisiera aceptarlo.⁵⁵ Ello no es casual, sino que forma parte de una lógica implacable: toda crisis capitalista se expresa en una *sobreacumulación*, con la consiguiente generación de capital “sobrante”; ese capital no se canaliza hacia la inversión directa (*productiva*) porque la propia recesión restringe el tamaño del mercado, contrayendo la “demanda solvente” —y nadie invierte en producir si no hay quien compre—, lo cual crea, mientras no ocurran determinados cambios estructurales, una tendencia a la “inversión” indirecta, es decir, a la conversión del capital sobreacumulado en su forma perversa de *capital a interés*.

Quedaba por encontrar unos buenos candidatos a deudores, y ésos resultamos ser nosotros, los países subdesarrollados, en parte por la miopía proverbial de las burguesías criollas, incapaces de prever lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina,⁵⁶ pero en mayor medida aún por el señuelo de las bajas o nulas tasas de interés. En efecto, en el período comprendido entre 1974 y 1981, que es cuando se produce el flujo masivo de préstamos,⁵⁷ las tasas *reales* de interés son del siguiente orden porcentual: 0,11 en 1974; -2,21 en 1975; -0,22 en 1976; -0,50 en 1977; 1,23 en 1978; 0,66 en 1979; 0,86 en 1980; 6,11 en 1981.⁵⁸

⁵⁵ “[...] los bancos de la OCDE, con mucho dinero líquido disponible y una débil demanda interna de fondos, comienzan a competir entre ellos para exportar capital a los países en desarrollo [...]”. Jacobo Schatan, *América Latina: deuda externa y desarrollo; un enfoque heterodoxo*, México, El Día en Libros, 1985, p. 18.

⁵⁶ Era evidente que si hubiera sido un buen negocio realizar inversiones (directas, se entiende) en América Latina, los propios capitalistas extranjeros lo habrían hecho; por algo no querían correr ese riesgo.

⁵⁷ Sólo en el transcurso de 1974 América Latina se endeudó tanto como lo había hecho entre 1950 y 1969. Cfr. Pedro Paz, “La crisis actual del capitalismo y la crisis monetaria internacional”, en Pedro López Díaz (coord.), *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*, México, Siglo XXI, 1984, p. 412.

⁵⁸ Enrique V. Iglesias, “América Latina: crisis y opciones de desarrollo”, en VV.

Hasta 1980, era como si estuviéramos recibiendo el maná del cielo: afluían cuantiosas remesas de un bien llamado dinero, por cuyo uso prácticamente no debíamos pagar nada en términos reales. Sólo que había un pequeño detalle, que hasta la década de los ochenta pasó casi inadvertido: esas tasas de interés no eran fijas, sino reajustables de acuerdo con las fluctuaciones de los mercados de Nueva York y Londres, y fuera, por lo tanto, de nuestro control y del ritmo de funcionamiento de nuestras economías. Bastó, pues, con que los centros hegemónicos, encabezados por Estados Unidos y orientados ya por la “nueva derecha”, decidieran echar a andar ciertos mecanismos de “ajuste”, para que nuestras ilusiones se esfumasen como alegría de pobre.

En efecto, con el advenimiento de la administración Reagan se produjo un alza considerable de las tasas de interés (aparecieron las garras *usurarias* del capital) y una “caída estrepitosa de los precios de las materias primas”⁵⁹ que exportamos, hechos que nos forzaron a transferir inmensas cantidades de excedente económico hacia las “metrópolis”, contribuyendo así a que el capitalismo avanzado saliera de su crisis, pero a costa de nuestra propia recesión.

Las cifras son por demás elocuentes. En 1978, por ejemplo, los ingresos netos de capitales a América Latina habían sido del orden de 26.200 millones de dólares, y los pagos netos de utilidades e intereses al exterior ascendían a 10.200 millones de dólares, dejando un saldo a nuestro favor de 16.000 millones de dólares. Cinco años más tarde, o sea, en 1983, los ingresos netos de capital habían caído a 2.900 millones de dólares, y los pagos netos de utilidades e intereses se elevaban a 34.400 millones de dólares, con un *saldo negativo de 31.500 millones de dólares*, que es lo que transferimos al exterior.⁶⁰ Además, la fuga de capitales

AA., *Democracia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1985, p. 241.

⁵⁹ Cfr. Jacobo Schatan, *América Latina: deuda externa y desarrollo. Un enfoque heterodoxo*, *op. cit.*, p. 18.

⁶⁰ CEPAL, *Balance preliminar de la economía latinoamericana*, s.l., CEPAL, 1988, cuadro 15, p. 24.

latinoamericanos hacia fuera de la región se acentuó concomitantemente, atraída por las nuevas tasas de interés. Para 1989, algunas estimaciones situaban el monto de esa fuga hasta en 243.000 millones de dólares.⁶¹

En 1988 la situación parecería haber convalidado un tanto (con relación a 1983), en la medida en que “únicamente” transferimos al exterior 29.000 millones de dólares, equivalentes a 4% del producto interno bruto (PIB) de la región.⁶² Mas resulta que si esta situación continúa tendremos que crecer a un ritmo anual de 6%, sólo para “honrar” ese compromiso del 4% y además poder atender el incremento de nuestra población (que es de aproximadamente 2% por año), sin mejorar en nada el deteriorado nivel de vida actual. Para mejorarlo mínimamente, nuestro PIB debería crecer siquiera a una tasa del 7% anual, siendo que en 1988 lo hicimos a un ritmo diez veces menor: 0,7%.

Para 1989, las previsiones de la CEPAL indican que la situación seguirá igual o peor, pese al “buen comportamiento” de nuestros gobernantes con los centros hegemónicos:

Si [los intereses] fueran pagados en su integridad, las *remesas de utilidades e intereses* se elevarían a casi 38.000 millones de dólares y el déficit en cuenta corriente de la región excedería de 12.000 millones de dólares por tercer año consecutivo. En estas circunstancias, y dado el *flujo casi nulo de capitales externos voluntarios*, la transferencia neta de recursos al exterior ascendería a unos 35.000 millones de dólares, la cifra más elevada desde el estallido de la crisis y 40% superior al saldo comercial de la región.⁶³

Vamos, pues, de mal en peor, y en camino de una creciente marginación. Como escribe Sergio Bitar:

⁶¹ América-economía, No. 31, México, septiembre de 1989.

⁶² CEPAL, Balance preliminar de la economía latinoamericana, op. cit., p. 2.

⁶³ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, s.l., CEPAL, 1989, p. 7. Las cursivas son nuestras.

En la década del ochenta América Latina pierde importancia en la economía mundial. Para la Comunidad Europea y Japón, la región pesa menos que a fines de los años setenta, en el campo comercial, financiero y en inversiones extranjeras directas. Se puede afirmar que la región es hoy más marginal que a comienzos de la década. En el comercio mundial, América Latina bajó su ponderación, desde un 5,7% del comercio total en 1980, a un 4,2% en 1986.⁶⁴

Vivimos, además, la hora de la *hiperestancflación*:

Al entrar en la segunda mitad de 1989, la mayoría de los países de América Latina y el Caribe se debaten entre el estancamiento y la inflación. Se observa, sin embargo, una creciente diversidad de situaciones, que abarca desde países donde, a un costo social muy elevado, se avanza hacia un ajuste combinado con transformaciones estructurales, hasta otros que se hallan al borde de la hiperinflación.⁶⁵

Por un lado tenemos, en efecto, una Nicaragua agobiada por los años de guerra, con una inflación superior al 7.000% en 1988; por otro, el grupo formado por Perú, Argentina y Brasil, que hacia agosto de 1989 superaba ampliamente la tasa de 1.000% anual de inflación (Perú bordeaba los 6.000%). Es el grupo que experimentó, a mediados de los ochenta, las llamadas políticas económicas “heterodoxas” (planes Inti, Austral y Cruzado, respectivamente), que no pasaron de ser un *monetarismo al revés* que, al no tocar los problemas estructurales de esas sociedades, sino sólo sus “inercias”,⁶⁶ terminaron por sembrar más bien el caos económico. Perú atraviesa, a su vez, por un estado de virtual guerra civil.

⁶⁴ “América Latina en la economía mundial, cambios recientes”, en VV. AA., *América Latina en la economía mundial (seminario en homenaje al doctor Raúl Prebisch)*, Santiago de Chile, INTM-CEPAL, 1988, p. 157.

⁶⁵ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., p. 5.

⁶⁶ De hecho, lo que se trataba de controlar era sólo la inflación llamada “inercial”. Véase, por ejemplo, Persio Arira (org.), *Brasil, Argentina, Israel: inflação zero*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1986.

En cuanto a los países que, según la CEPAL, vienen realizando ajustes con elevados costos sociales, recordemos que en México el salario mínimo real urbano es, en 1989, *menos de la mitad* de lo que fuera diez años atrás.⁶⁷ Además, el sector “informal” (que en México, como en otras partes, es en gran medida la pura y llana desocupación disfrazada) parece haberse incrementado en un 82% entre 1980 y 1987, mientras en Brasil habría crecido un 70% y en Colombia un 48% en igual lapso.⁶⁸

No disponemos de datos comparables para Bolivia, que es otra muestra de aquel tipo de ajuste. Pero sí sabemos que su desempleo urbano abierto es uno de los más altos de América Latina (11,7% en 1988, frente al 3,6% de México, por ejemplo); y que su producto interno bruto por habitante ha registrado saldos negativos en *todos* los años posteriores al desencadenamiento de la crisis, acumulando en el período 1981-1988 una disminución de 26,3%. Cifra prácticamente igual a la de la Nicaragua en guerra (-27,4% en similar período), o a la de un Panamá también agredido por Estados Unidos (-24%).⁶⁹

Con o sin ajustes, con guerra o sin ella, con planes “ortodoxos” o experimentos “heterodoxos”, lo cierto es que al concluir la década de los ochenta el producto medio por habitante de América Latina será un 10% inferior al de diez años atrás. Es el famoso “decenio perdido para el desarrollo”. Por lo demás:

Excepto en Colombia, Costa Rica y Paraguay, el valor real de los salarios mínimos urbanos es actualmente (1989) inferior al de 1980. Más aún, en Brasil, Ecuador, México, Nicaragua y Perú las remuneraciones mínimas reales han caído aproximadamente a la mitad.⁷⁰

⁶⁷ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., pp. 7 y 64.

⁶⁸ CEPAL, “La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta” (nota de la Secretaría), 26 de abril de 1989, p. 10.

⁶⁹ CEPAL, *Balance preliminar de la economía latinoamericana*, op. cit., cuadro 3, p. 18.

⁷⁰ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., p. 7.

Lo cual quiere decir que se ha operado una drástica *redistribución regresiva del ingreso*, puesto que aquellos salarios se han erosionado más que este ingreso. Y hay inquietantes síntomas de un creciente deterioro en la atención de la salud y la educación de la población, sobre todo de la más joven,⁷¹ cosa que no augura, precisamente, un futuro halagador para la región.

Dentro de toda esta catástrofe, Colombia es el único país capitalista latinoamericano que ha conseguido capear el temporal en el terreno económico. Como observa el Banco Mundial:

La recesión en Colombia del período 1981-1985 causó estancamiento del producto interno bruto per cápita en vez de las grandes disminuciones observadas en otros países. Actualmente el crecimiento del producto interno bruto per cápita se está recuperando con rapidez y acercándose a la tasa de los años sesenta y setenta.⁷²

Bien sabemos cuál es la palanca principal de aquella recuperación y los problemas que trae consigo, pero la Colombia sumida en el dédalo del narcotráfico no es sino uno de los múltiples espejos de una América Latina que pareciera condenada a elegir entre la actividad delictiva y el absoluto pauperismo.

La profunda crisis económica de la década de los ochenta, sumada a la desembozada actitud neocolonialista de la “nueva derecha” estadounidense, ha determinado una acentuación de la *dependencia* latinoamericana en un grado que mal se hubiera imaginado hace quince o veinte años. Sobre todo a raíz del fracaso de los planes Austral, Cruzado e Inti, el único modelo económico que va quedando en pie es el *neoliberal*, impuesto por el Fondo Monetario Internacional. Una triste pero explicable paradoja de la historia ha querido, por lo demás, que tal modelo sea el mismo que en el pasado implantaron aquellas dictaduras a las que denominábamos “fascistas” o algo parecido. Privatización del

⁷¹ Cfr. CEPAL, “La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta”, *op. cit.*, pp. 14-16.

⁷² Banco Mundial, *Informe Anual 1988*, Washington, Banco Mundial, 1989, p. 98.

sector estatal de la economía; dismantelamiento de ese pequeño Estado de bienestar (“populismo”, como hoy suele llamársele para justificar su cercenamiento) que mal o bien llegó a forjarse gracias a la presión de las luchas populares; recortes drásticos del presupuesto y despido de empleados públicos; reducción de los salarios reales y reconcentración simultánea de la riqueza; apertura creciente de nuestros mercados al “libre comercio”. ¿Cuál de estos rasgos que en los años setenta denunciábamos como constitutivos del “modelo económico del fascismo dependiente” no están presentes en la “democratizada” América Latina de los ochenta? Tal vez no sea casual que el Chile de Pinochet sea exhibido, ya sin tapujos, como el “milagro” económico de finales de este decenio, al mismo tiempo que el presidente socialdemócrata Jaime Paz Zamora ensalza al ex dictador Hugo Banzer como uno de los “constructores” de la democracia boliviana.⁷³

Alusiones con las cuales nos acercamos a ese punto nodal en el que el desamparo económico produce efectos perversos en los campos político e ideológico, y recíprocamente, creando un círculo vicioso que perpetúa el deterioro, incluso moral, de nuestros países. Para comenzar, la propia noción de *soberanía nacional*, de un mandato popular que la genera y la nutre, va diluyéndose con el avance de la crisis. Tal como lo ha expresado Nils Castro, de manera a la vez precisa y dolorida:

La deuda externa ahora no es sólo la cara visible de un nuevo sistema de expoliación económica de nuestros pueblos, y de subsidio a la supremacía regional de la potencia hegemónica. Ha pasado a ser también un extraordinario instrumento de poder político del gobierno norteamericano para doblegar y someter a las autoridades latinoamericanas e imponerles el diseño de sus políticas interiores, y la liquidación de los proyectos solidarios e integracionistas, a despecho de la institucionalidad democrática existente en los respectivos países.

⁷³ *El Día*, México, 7 de julio de 1989, p. 11.

Los gobiernos democráticamente electos pierden su lealtad a los electores, y a los principios ideológicos y programas anunciados por sus respectivos partidos, tan pronto se sientan a hablar con los banqueros —y aun antes de sentarse—. Lo hacen a nombre de una expectativa de “dinero fresco” (es decir, de deuda nueva) que, sin embargo, no llega o se consume en servir la vieja deuda. En cambio, el sometimiento neocolonial y las deslealtades permanecen, y el disgusto social y la desconfianza en el sistema de partidos se incrementan.⁷⁴

Así es. Un John Kenneth Galbraith —que por lo demás dista mucho de ser un extremista— puede permitirse el lujo de llegar a Brasil y declarar enfáticamente que “sólo existe una solución para la deuda externa de los países del Tercer Mundo: la formación de un cártel de las naciones deudoras”.⁷⁵ Ningún mandatario latinoamericano, que no sea Fidel Castro, se atrevería a decir lo mismo, aunque esté convencido de ello, por la sencilla razón de que el gobierno estadounidense ha advertido —de manera pública, para mayor humillación nuestra— que *no tolerará* tal tipo de asociación. Hay que resignarse, entonces, a negociar por separado, en situación de absoluta inferioridad, rompiendo cualquier principio de unidad latinoamericana y, lo que es peor, sentando un precedente que en nada nos favorece: el de aceptar la condición de países con *soberanía limitada*, si es que no la de Estados *vasallos*.

Y no sólo eso. A finales del decenio de los ochenta se ha vuelto normal abrir los diarios y encontrar noticias con encabezados como los siguientes: “Bush pide manos libres para apoyar golpes de Estado”, y “Violeta Barrios es nuestra candidata, dijo George Bush. Aprobada la ayuda de 9 millones de dólares”;⁷⁶ sin que la

⁷⁴ Nils Castro, “Viabilidad de la socialdemocracia: la agenda latinoamericana de hoy y mañana”, en *El Día*, 16 de junio de 1989, p. 15.

⁷⁵ “Propone Galbraith que se integre un cártel de deudores. Deben ser más agresivos, dice”, en *El Día*, 8 de octubre de 1989, p. 1.

⁷⁶ *La Jornada*, México, 18 de octubre de 1989, pp. 33 y 35; Gerardo Arreola, “Panamá y el Grupo de Río”, en *La Jornada*, México, 20 de octubre de 1989, p. 54.

injerencia en Panamá, donde en este caso “urge” apoyar un golpe, ni la intromisión en Nicaragua, a la que se refiere la segunda noticia, parezcan escandalizar a la opinión pública ni motivar el más leve reclamo por parte de nuestros mandatarios. Porque, como advierte Gerardo Arreola:

Según la percepción que parece abrirse paso en algunos gobiernos latinoamericanos, el empleo y la amenaza del uso de la fuerza, el financiamiento a la oposición civil y militar, la injerencia abierta, directa, reconocida, en asuntos internos de otros Estados, es decir, el perfil de la política de Washington hacia Centroamérica ratificado por el gobierno de George Bush, no constituye peligro alguno para el hemisferio. Mejor dicho; no existe.

El disgusto social y la desconfianza popular en los partidos gobernantes —a los que se refiere también Nils Castro— no son, por lo demás, meros peligros, sino hechos consumados a finales de la década de los ochenta. La mayoría de las democracias de la región se mantienen gracias a una especie de *consenso pasivo* y a título de *mal menor*, ante el riesgo, en parte real y en parte inventado por los propios gobernantes civiles, de que vuelvan los militares al poder. Porque decir que la gestión de un José Sarney, un Raúl Alfonsín o un Alan García, por ejemplo, han despertado el fervor de sus mandantes, sonaría a cruel ironía. La socialdemocracia, que ha sido la corriente dominante de la transición sudamericana (como la democracia cristiana lo ha sido de la centroamericana), conserva todavía su “cartel” un tanto por inercia, mas sobre todo gracias a la red internacional que la sostiene y a los enormes medios de comunicación y capitales que la apoyan. Pero ella misma es consciente del futuro poco brillante que puede ofrecer a Latinoamérica, como lo revela la producción de sus teóricos y “cientistas” sociales, más empeñados en aplacar las expectativas de las masas y frenar su inclinación por el cambio, que en tratar de darles forma y hacerlas históricamente viables.⁷⁷ Además, es

⁷⁷ Véase al respecto nuestro libro *Las democracias restringidas de América Latina*:

evidente que cada fracaso de la socialdemocracia criolla la arrastra hacia posiciones más y más conservadoras y pronorteamericanas, como los ejemplos de un Carlos Andrés Pérez o un Michael Manley lo ilustran, de manera bastante patética.

Señalamos que se trata de bajar las aspiraciones de las masas; esto es, de convencerlas de que la democratización del continente es un problema exclusivamente político, y sobre todo electoral, sin ninguna dimensión social ni económica. Pero resulta que las masas no son tan candorosas —no se tragan vidrio molido, como alguien decía— y entonces advienen las situaciones críticas. En abril de 1984, el pueblo dominicano dio el campanazo de alerta, insurgiendo contra las medidas de austeridad de corte fondomonetarista, protesta que fue sangrientamente reprimida. Luego vino el turno de la población jamaíquina, que se rebeló por causas similares. Y a finales de febrero de 1989 se produjo el famoso levantamiento de Caracas, que sólo fue sofocado por las tropas del presidente Pérez al cabo de una semana y con un costo de entre 500 y 1.000 muertos: *segunda* masacre cometida por la socialdemocracia sudamericana.⁷⁸

Algunos dirán que esta cifra de bajas no es tan elevada en un continente como el nuestro, que en la sola década de los ochenta ha contabilizado alrededor de 250.000 *muertes por razones políticas*. Todo depende del punto de vista desde el cual se juzguen los hechos y de la idea que uno tenga del valor de la vida humana y de lo que debería ser la democracia.

Sea como fuere, parece indudable que la democracia latinoamericana aún no ha conseguido desarrollar contenidos populares ni robustecer la soberanía de nuestras naciones y, menos todavía, encontrar el camino de superación de la presente crisis. Son los retos que tendrá que afrontar en el decenio de los noventa.

elementos para una reflexión crítica, 2ª ed., Quito, Planeta, 1989, especialmente el capítulo II.

⁷⁸ La primera masacre ocurrió en las prisiones de Lurigancho y El Frontón, en Lima, Perú, en octubre de 1985, cuando las tropas de Alan García causaron alrededor de 200 bajas entre los detenidos políticos.